

Jorge Remy

* * *

Para quien tuvo como Jorge Remy, al cual la muerte intempestiva e injusta ha segado tempranamente, una actitud tan serena y generosa ante el mundo y la vida, no es posible escribir una nota de homenaje concebida en términos convencionales. Ahora que ante la máquina de escribir, despojado de todo prurito profesional, trato de evocarle tal como lo vi aquella noche que sería la última que habría de pasar entre nosotros, veo la misma imagen que sus amigos de un sector y de otro, en el dolor y la alegría, en el trabajo y en la fiesta, le conocimos siempre como invariable trasunto de su espíritu permanentemente disponible. Un rostro sin nubes, una mirada limpia, una mano franca, un corazón sensible, un imperio de nobleza y señorío, hacían de él, tal como el poeta dipera del amigo perdido, una viva moneda que nunca se volverá a repetir. Y todo esto acuñado de una sola vez, nítido, como una ráfaga de humanidad cabal y rotunda que aun aquel que lo trató de modo circunstancial percibió como su rastro.

Quisiera hablar de Jorge Remy no como lo que fué sino como lo que, de no haber sido sorprendido por la muerte, debió haber sido. Un ser lleno de promesas, de esos pocos que sabemos destinados a dirigir, es algo que aquí no es frecuente. Sin ambiciones egoistas, sin aspiraciones mezquinas, sin anhelos personalistas, y en cambio colmado de una especie de saludable fiebre de creación, el poco tiempo que le fué deparado lo derrochó prodigándose en obras que quedan como los borradores de un quehacer fundamental que su desaparición ha postergado quien sabe hasta cuándo. Tenía fe, enorme fe en cada hombre, en cada grupo de hombres, en cada comunidad de hombres, en la multitud peruana que en el escritorio, en el campo, en el mar, en la mina, en el taller o en la fábrica, con la herramienta o con el pensamiento, están haciendo minuto a minuto, día a día, año a año, la patria. Y sentía que la misión de todos era realizar una tarea solidaria e infatigable por dignificar la existencia. En el pintor que crea un cuadro, en el investigador que persigue una verdad, en el deportista que aspira al éxito, en el productor que anhela la prosperidad, en el obrero que fecunda incesante con su esfuerzo la labor de todos, veía un signo positivo. Y sólo lo rebelaba la negación, el nihilismo, la esterilidad del amargado. Con la palabra o con la acción, cuántas veces contribuyó a que la tarea de unos y otros fuera más provechosa y útil.

Infortunadamente a q u í nadie puede jactarse de haber sido preparado con la excelencia necesaria para encontrar su sentido en cuanto comienza a vivir. En el Perú a los hombres se nos educa para existir de prestado, y hallar la vocación genuina es desbrozar penosamente una maraña de Reprejuicios y mentiras. Muy pocos son los que encuentran el camino. Jorge Remy realizó esta purificación de sí mismo, este descubrimiento, porque quería ser verdad. Estaba dotado para una finalidad más trascendental que la del simple profesional o el funcionario. Y se hallaba en ese punto donde obtener la liberación de los preconceptos y las inhibiciones heredadas es develar la multiplicidad de obligaciones que tiene por delante la inteligencia de un país en el cual todo está por hacer. Y él podía haber cumplido mucho de este programa.

Es inútil. Siento que mis palabras, a pesar de que el afecto no exagera los elogios, se quedan dentro de los límites de la mera condolencia. Sus amigos, los que lo tratamos durante un lapso considerable y tuvimos oportunidad de advertir la reserva de posibilidades que su persona guardaba, sabemos bien qué es lo que se ha truncado. Ante una frustración semejante sólo podemos mostrar un estupor infinito y repetir, con una elegía eterna, que cruel e irremediadamente Jorge Remy fué "antes de tiempo y casi en flor cortado".

S. Salazar Bondy